En efecto, Gurwitsch, mediante supuestos de carácter predominante geométrico sobre el campo, ha explicado un gran número de fenómenos biológicos, esencialmente los de la evolución.

En una monografía, *Die histologischen Grundlagen der Biologie* (Jena, Gustaw Fischer), Gurwitsch ha reunido un abundante acopio de hechos, interpretados conforme a su teoría del campo. Con razón ha sido calificada esta obra como una de las más importantes manifestaciones de la biología moderna.

Es evidente que muchos resultados e interpretaciones de Gurwitsch han de ser rectificados. Se trata de un terreno sembrado de problemas dificultosos y de una concepción incipiente. Pero el concepto de «campo» ha echado raíces fuertes en la biología, que lo toma no como un medio cómodo de nombrar algo desconocido—tal era la «entelequia» de Driesch—, sino como un objeto de investigación.

Esta es, precisamente, la ventaja de la concepción del campo: que ha dado medio de que ese algo desconocido, existente sin duda, pueda ser aprehendido, delimitado, descrito, y, por tanto, hecho accesible al estudio experimental de la ciencia positiva.—*P. W.*

150-173

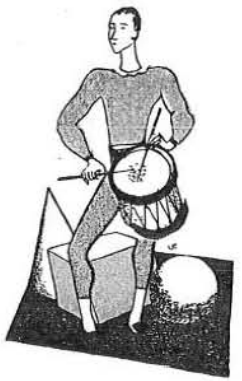
Imprenta de Galo Sáez. Mesón de Paños, 8. Teléfono 11944.Madrid.

Año XI N.° CXVI

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

C. G. Jung: *Ulises* * Gonzalo R. Lafora: *La reforma de la moral sexual* * Ramón Gómez de la Serna: *Ensayos heterogéneos* * Franz Werfel: *Secreto de un hombre* (conclusión).

NOTAS.—Benjamín Jarnés: *Un mundo posible* * P. W.: *La evolución de los ojos* * *Rectificación.*

Viñeta de Ontañón.

Precio: 3,50 Madrid Febrero 1933

La reforma de la moral sexual

LA historia del mundo nos muestra cómo las concepciones filosóficas y la ética en lo que se refiere al problema sexual ha variado de unas civilizaciones a otras, sin que hayamos llegado a una meta de perfección. La civilización actual mantiene desde antiguo unas normas éticas que hoy entran en pugna demasiado abiertamente con los progresos sociales y económicos y con las costumbres. Un violento movimiento de protesta contra la moral sexual de nuestros progenitores, acusada de hipócrita y antinaturalista, mueve hoy aires de fronda en todo el mundo civilizado. Los cuatro Congresos Internacionales para la Reforma Sexual celebrados desde 1920 en Berlín, Copenhague, Londres y Viena, han sido los exponentes científicos y filosóficos de este moderno afán de sinceridad y honradez en la solución del problema sexual. Nuevos conceptos éticos enlazados en un sistema filosófico de moral sexual que pretende ser

más perfecta intentan sustituir y reemplazar a la moral sexual tradicional.

La moral sexual de cada civilización ha variado en el transcurso de los siglos, adaptándose a las costumbres y realidades vitales, o modificándolas lentamente por el influjo de conceptos éticos y religiosos. En varias sociedades salvajes y tambien en algunas civilizadas ha sido costumbre que las vírgenes fuesen oficialmente desfloradas por los sacerdotes antes de entregarlas al esposo. En cambio, en los países cristianos la desfloración se consideraba un derecho o privilegio del novio. En la época bíblica existía la costumbre hospitalaria de entregar la esposa al huésped durante los días de su visita y ello entraba dentro de la moral al uso. Para los habitantes de la isla Trobriand de la Melanesia no existe, según Malinowski, el sentido de la paternidad del hombre. Los solteros viven en perfecto amor libre sin tener descendencia y la mujer cuando se casa y la tiene no atribuye nunca el hijo al padre, sino a los espíritus generadores y el marido nunca sospecha de otro hombre que pueda ser el autor de su hijo. Este desconocimiento de la paternidad, propios de culturas primitivas, fué después sustituído en la historia por el culto fálico como resultado del descubrimiento de la paternidad generadora del hombre. En Grecia y en Roma con sus *tesmophoria* y sus *saturnalia* se instituyeron fiestas de la sementera agrícola, en las cuales las mujeres y los hombres llevando emblemas fálicos se entregaban a expansiones sexuales como sucede en los actuales carnavales.

El matrimonio en forma de *matriarcado polígámico* ha existido, según Frobenius *, durante centurias en las regiones principalmente esteparias, en Asia, Europa oriental y en el interior de África. En esta costumbre, adaptada como siempre a una moral, la mujer dominaba a la familia y escogía los diversos esposos después de una contienda pública entre los distintos pretendientes. Posteriormente, el régimen del *patriarcado polígámico* vino a sustituir a aquél, invadiendo la India, Europa occidental y meridional y el Norte africano, a lo largo del mar, por tierras mediterráneas y costeras, principalmente con la héjira musulmana. Finalmente, el cristianismo influyó para la abolición de la poligamia, extendiendo por el mundo civilizado la moral sexual del *matrimonio monogámico* de nuestros días, etapa teóricamente la más perfecta como solución del problema sexual.

Ahora bien, la organización económica y social de la vida en los pasados siglos permitía los casamientos a su debido tiempo, es decir, en el momento de la madurez sexual. El hombre se casaba a los dieciocho o veinte años, la mujer entre los dieciséis y dieciocho, formando una familia como núcleo de la sociedad. La moral sexual era así reforzada por la costumbre y la perfección de sus resultados, acordes entonces con el naturalismo de la vida. Pero en el último siglo las condiciones sociales y económicas modifican estas circunstancias. Los largos estudios profesionales del hombre intelectual y los prolonga-

* L. Frobenius: *Marriage and matriarchy* (en *The book of marriage* de Keyserling, pág. 77, cap. Londres, 1927).

dos aprendizajes de la época del maquinismo en el obrero manual, junto con la elevación del precio de los medios de vida, obligan hoy a retrasar las posibilidades del matrimonio legal hasta los treinta o treinta y cinco años en el hombre y los veinticinco o treinta en la mujer. La vieja moral sexual exige ya un esfuerzo de contención a los solteros de ambos sexos que pugnan, al llegar la edad de la madurez sexual, con el naturalismo de la vida, con la fisiología y la higiene. Al generalizarse este estado de cosas se empezó pronto a entablar la lucha entre las costumbres y los principios éticos. La prostitución se difundió enormemente; a su vez los matrimonios ilegales, los adulterios, los hijos ilegítimos y los abortos criminales, en progresión creciente, significan hoy las resultantes de una nueva realidad social y de costumbres, frente a la moral sexual dogmática. Por otra parte, como consecuencia de la elevación de la cultura de la mujer, abandonada en las civilizaciones anteriores, surge pronto un sentimiento de protesta contra la desigualdad de derechos entre el hombre y la mujer y contra la *doble moral sexual,* hoy imperante, la cual permite al hombre alabarse públicamente de sus aventuras sexuales prematrimoniales en las que lanza al arroyo a las infelices víctimas y mantiene la prostitución, mientras que descalifica a la mujer que incurre en la debilidad de entregarse al hombre que amaba. Esa doble moral autoriza oficialmente la prostitución de la mujer, considerándola como objeto cotizable y útil al hombre, y mira impasible los sufrimientos físicos y morales de las mu-

jeres solteras, envejecidas en la espera del marido redentor; permite la injusticia del abandono del niño mal llamado «ilegítimo», olvidando su derecho inviolable a la protección paterna, ya que sin solicitarlo ha sido traído a la vida, donde la sociedad cruelmente le estigmatiza desde su nacimiento, haciéndole víctima de una falta que no cometió.

Veamos algunos datos numéricos relativos a esta cruel realidad social que estamos conviviendo indiferentemente *. Las estadísticas austriacas y alemanas han demostrado que una quinta parte de los escolares padecen ya entre los trece y quince años enfermedades sexuales graves adquiridas en los prostíbulos a donde acudieron sin utilizar medios preventivos por su ignorancia de los problemas sexuales. Algunos de estos muchachos contagian dichas enfermedades á niñas de su edad plenamente inocentes. Otras muchachas resultan embarazadas prematuramente por su ignorancia de la vida sexual y de sus consecuencias. En las ciudades grandes como Berlín o París y Londres el número de prostitutas pasa de cien mil y en Madrid y Barcelona de cuarenta mil, siendo a la vez un foco de propagación de las enfermedades sexuales, de las que resultan contagiadas la mayoría de ellas antes de los treinta y cinco años. En Alemania nacen anualmente 185.000 niños ilegítimos, es decir, casi la décima parte de los niños nacidos en aquel país. El número de abortos voluntarios en esa nación se calcula en 800.000 al año, de los cuales unos 6 a

* Del libro de Hirschfeld y Bohm: *Sexualerziehung*, Universitas, Berlín, 1930.

8.000 pasan a conocimiento de las autoridades y determinan procesos criminales. Más de 80.000 mujeres mueren allí a consecuencia del aborto provocado. En la misma nación se divorciaron en 1923 más de 36.000 matrimonios desavenidos. Una gran parte de los 17.000 suicidios ocurridos en Alemania el mismo año, tuvo por causa motivos sexuales derivados de las diversas sustituciones del amor sexual.

En Norteamérica, H. H. Barnes *, considera que un 25 por 100 de las señoritas que estudian en las escuelas superiores y colegios universitarios tienen relaciones sexuales durante su estancia en ellos y un 50 por 100 de los estudiantes masculinos las tienen durante su época universitaria.

Por otra parte, la superabundancia de mujeres en el mundo, como consecuencia de los aniquilamientos de las guerras sobre los combatientes del sexo masculino, hace imposible el matrimonio legal de las mujeres sobrantes, aun en el caso ideal de que las otras se casaran. Westmarck ** afirmó que actualmente la superabundancia de mujeres en el mundo entero llega a un 4 por 100. Sólo en Alemania hay dos millones de mujeres más que hombres, las cuales legalmente no pueden aspirar al matrimonio. Pitt-Rivers ***, que ha hecho estudios demográficos sobre la variación en la proporción de los sexos (sex-ratio), cree haber demostrado la inevitalidad de una super-

* Barnes: *Sex in education* (del libro de Calverton y Schmalhaus en *Sex in civilization*. G Allen, Londres).

** Westmarck: *History of human marriage*.

*** Pitt-Rivers: *Sex-phobia and marriage* (The sexual reform Congress. Londres, 1930.)

abundancia progresiva de la mujer adulta en las poblaciones densas y crecientes, problema actual y futuro que necesita ser tomado seriamente en consideración.

En las naciones meridionales se produce anualmente una crecida cifra de crímenes llamados *pasionales* en los que los celos juegan un papel causal; esta forma de delincuencia deriva principalmente de esa doble moral sancionada por la tradición, que sólo permite al hombre el adulterio y lo considera en la mujer como motivo justificado de un delito pasional.

El donjuanismo como mal endémico, la sexualidad epidérmica, sin amor, del prostíbulo, el flirteo de las semivírgenes, el llamado narcisismo himeneal, las perversiones sustitutivas, etc., etc., son otras consecuencias de la defectuosa organización de la vida en su aspecto sexual y de los conflictos entre la moral tradicional y las soluciones antimorales que la vida ha adquirido ante las nuevas realidades sociales. Y para completar en parte esta lista de desdichas sociales, citemos los miles de individuos afectos de neurosis sexuales, o de origen sexual subconsciente, víctimas de las prohibiciones y amenazas religiosas de la niñez o de una larga lucha entre su sexualidad imperiosa y sus conceptos éticos que imponen la abstinencia insostenible al llegar a la madurez sexual, a menos que los instintos estén apagados por deficiencias orgánicas de la sexualidad.

De aquí lo complicado de esta cuestión y el alcance quizá demasiado pretencioso de intentar renovar en todo el mundo civilizado las ideas y las costumbres en lo relativo al problema sexual, máxime si tenemos en cuenta que como ha dicho Bertrand Russell *(Nueva y vieja moral sexual)*, la solución de la moral sexual más conveniente para la felicidad y bienestar generales, quizá deba variar de unos países a otros, teniendo en cuenta, el clima, la alimentación, el desarrollo industrial o agrícola y los adelantos de la higiene y la ciencia médica de cada uno.

Pero la realidad mundial nos enseña que las costumbres aceptadas legalmente en algunos países modernos del Norte de Europa, han sancionado legalmente fórmulas éticas sexuales que están más de acuerdo con la realidad vital y con las condiciones económicas de la época moderna y que en otros países, como en Rusia, las instituciones sexuales han sido sometidas a una experimentación social progresivamente perfeccionadora, en la que se parte de fundamentos racionales, desterrando los preconceptos tradicionales de la superstición o los obstáculos de los principios religiosos dogmáticos que eran fundamento de la moral tradicional. Y sin que aceptemos todas las osadías de la experimentación rusa como cosas perfectas, debemos seguir con atención su desenvolvimiento y resultados, comparándolos constantemente con las otras fórmulas éticas y legislativas de carácter progresivo que han sido adoptadas o propuestas por otros países civilizados, con el fin de unirnos así al esfuerzo mundial hacia la reforma de la ética sexual de nuestra decadente sociedad actual.

*

La moral sexual tradicional, con su rigidez religiosa, ha sido causa de innumerables sufrimientos físicos y espirituales. Después de la gran guerra, las costumbres de los países más civilizados están en oposición con los imperativos de esa moral rígida, y en todos ellos, la juventud rebelde busca desesperada en el amor sensual más felicidad y alegría. Pero estas costumbres, a veces desenfrenadas, causan otros daños e íntimos remordimientos, por su pugna con la moral imperante y con la sociedad anterior a la guerra, y estos remordimientos engendran neurosis y reacciones anormales del espíritu, que son causa de mucho malestar humano.

En la infancia adquirimos nuestras ideas religiosas, que luego las llevamos como enquistadas hasta la tumba con su simplicidad infantil. Las ideas sexuales que corresponden a ese «complejo religioso» ortodoxo, conservan siempre su contenido o nivel infantil, pues son raras las personas que posteriormente someten sus creencias relativas a este particular a una revisión científica *.

Así se engendran muchos complejos reprimidos, que luego intervienen preponderantemente en la producción de neurosis, que, en definitiva, son reacciones del individuo frente a la sociedad que le rodea.

Todos los reformadores sexuales se preocupan de adelantarse a los hechos sociales, orientando a la humanidad hacia una reforma de la moral sexual que pueda ser aceptada por la sociedad presente y que

* Véase sobre este punto el artículo de J. H. Robinson: «Religion faces a new world» *(Harper's Magazine*, septiembre 1928).

sea al mismo tiempo menos rígida que la moral religiosa, pero sin facilitar el libertinaje dañino para el individuo y para la raza. Todos aspiran a disminuir la infelicidad humana, mejorando las leyes sociales relativas al amor y procurando quitar de éste el sentimiento de pecado para sustituirlo o convertirlo en un sentimiento de deber y de honor para con la sociedad.

Los primeros cristianos, ha dicho el cardenal Gibbons, concebían «el hombre como un criminal y Dios como un tirano», orientando la vida cual una expiación, en la que era preciso la renuncia a todos los placeres, y especialmente el sexual. En un gran Concilio eclesiástico del siglo XVII se llegó a lanzar el anatema sobre aquellos que no defendiesen la idea que la virginidad era un estado más santo que el matrimonio; lo que en sus últimas consecuencias significaría la anulación de los sexos y de la raza.

Es preciso, pues, reformar la idea central de la moral cristiana de que el hombre es hijo del pecado y que en todo lo sexual puede haber pecado, haciendo desaparecer, como dice Pelletier *, todas las miserias milenarias engendradas por la privación sexual y reveladas por el *psicoanálisis*. El único límite a esta libertad debe ser el bienestar de los demás y el pudor público.

No podemos aceptar que la felicidad humana estribe sólo en la indulgencia sexual plenamente libre, pero tampoco es admisible que la expresión del sexo

* Pelletier: *Le sex et la morale. (Sexual Reform Congress.* Kegan Paul, Londres, 1929.)

sea algo pecaminoso e inferior, que sólo es tolerable como medio de propagar la raza. «Es preciso afirmar —dice H. H. Barnes *—que hay otras muchas formas de la felicidad humana distintas de la expresión sexual, pero también podemos asegurar que ningún ser humano alcanza la felicidad humana completa sin la debida sublimación y expresión de sus impulsos sexuales.»

Por eso, en todos los reformadores sexuales se advierte una aspiración a la franqueza naturalista en la concepción de la vida sexual, y un gran esfuerzo por libertarla del patronato religioso, al cual combaten casi siempre con deliberada violencia. Según Malleson **, por ejemplo, para implantar una nueva moral sexual positiva hay que combatir las aspiraciones dogmáticas cristianas respecto al sexo con el mismo ardor con que nuestros antepasados lucharon contra aquellos otros obstáculos religiosos que se oponían al progreso científico, cuando negaban la esfericidad de la tierra y sus movimientos, o se oponían a la teoría de la evolución, o concebían las enfermedades psíquicas (histerias) como males demoníacos. De igual modo—dice—como ahora parece inconcebible que hace trescientos o cuatrocientos años se quemaran vivas a miles de mujeres acusadas de brujerías y de convertirse en gatos negros y volar sobre escobas, dentro de unos siglos creerán imposible nuestros descendientes que en el siglo XX subsistiese tanta represión y conflicto y tanta menos felicidad de la que se podía haber tenido.

* H. H. Barnes: *Sex in education.* (Del libro: *Sex in Civilization*, G. Allen, Londres.)

** Malleson: *The need for a new positive morality. (Sexual Reform Congress.* London, 1929.)

Y otro reformador sexual, el sueco Almkvist *, afirma que la religión es impotente para dirigir a los pueblos en lo referente a lo sexual, pues la sexualidad es más fuerte que la rígida prohibición religiosa y hasta los mismos santos se vieron indefensos contra las tentaciones eróticas. Prueba de aquella impotencia de la religión es que, en plena Edad Media, cuando la Iglesia dominaba a todos los demás poderes, las ciudades tenían sus burdeles, los clérigos sus barraganas y los Cruzados iban a una guerra santa poseídos de un sentimiento religioso, pero seguidos, como los demás ejércitos, de miles de prostitutas **.

El impulso sexual en sí no puede ser inmoral, puesto que deriva en gran parte de la cantidad y calidad de una secreción glandular interna. Sólo las acciones humanas derivadas de ese impulso tienen un carácter moral en cuanto pueden causar daños a otros seres y a la sociedad. La moral sexual consistirá, pues, en la regulación de esas acciones para evitar daños; fuera de ello la función sexual no debe tener nada de inmoral.

La moral para Platón consistía en la armonía y coordinación del individuo con el grupo o la sociedad, a fin de conseguir un todo armónico. Para Je-

* J. Almkvist: *Die Moral des Sexuallebens. (Sexualnot und Sexualreform. IV Kongress.* Elbemühl, Viena, 1930.)

** Haberling: *Das Direwesen in den Heeren und seine Bekämpfung. (Barth,* Leipzig, 1914, pág. 20.)

sús la moral estribaba sólo en la bondad del poderoso con el débil *. En cambio, para Nietzsche la moral era una imposición del fuerte sobre el débil, del vencedor sobre el vencido. Era una forma del derecho de la fuerza. La doble moral sexual tradicional es también, según R. Goldscheid **, una moral impuesta por los poderosos sobre los débiles, lo que Nietzsche llamó la «moral de los señores» frente a la «moral de los esclavos». Toda moral—dice—tiende a introducir una cierta jerarquía o un cierto orden en lo que antes era anarquía, y este orden lo imponen los poderosos. De aquí surge el *dualismo moral* impuesto a la masa por el poderoso, el cual se reserva para sí una moral más acomodaticia. La moral sexual es una derivación de aquélla, puesto que la mujer en la mayoría de las culturas primitivas estaba esclavizada por el hombre y así ha continuado hasta nuestra época, en que se inicia su independencia y sus esfuerzos por una igualdad moral de los sexos. Estos esfuerzos son un claro indicio del progreso mental actual, ya que «el progreso es la realización del reino de los valores por el esfuerzo humano» (Morente) ***.

Para H. Spencer **** la moral, como todos los actos del hombre, sigue un *proceso evolutivo*, paralelo al progreso de la cultura. Primitivamente la moral aparece fundida con la religión en forma de culto a

* Durant: *The story of philosophy.* (Benn, Londres, 1929, pág. 49.)

** Goldscheid: *Zur Geschichte der Sexual-moral (Sexualnot und Sexualreform, IV Kongrese*, Viena, 1930.)

*** Morente: *Ensayos sobre el progreso.* Madrid, 1932, pág. 56.

**** H. Spencer: *La morale des diferents peuples et la morale personelle*, traducción francesa. París, 1896. «Bibl. Philosoph.»

los ascendientes y antepasados poderosos. Luego se inicia la creencia de que todo, males y bienes, obedece a la voluntad de Dios. Más tarde, las luchas de unos pueblos con otros engendran la moral de conveniencia social, originándose las reglas morales de la amistad y sus contrarias de la enemistad, aplicables en la guerra. Así va formándose una moral utilitaria independiente de la religiosa y que se aplica a la propiedad, a la vida y a la salud (robo, asesinato, higiene).

Por otra parte, las costumbres en los distintos pueblos civilizados y semicivilizados influyen sobre la moral, creando sentimientos morales ligados a esos usos y costumbres. Por ejemplo, hay tribus asiáticas, como los chukehis, que no sólo ofrecen al huésped viajero sus esposas, sino también sus hijas vírgenes y se resienten de cualquier desaire (Erman). Las mujeres del África ecuatorial llaman tacaño al marido que, teniendo medios económicos, no adquiere una segunda esposa (Reade) y lo mismo sucedía con las mujeres araucanas (Smith). Las mujeres de los makakolos (a orillas del Zambese) consideraban la monogamia como una costumbre poco respetable (Livingstone) y lo mismo les sucede a los metalhapies del África del Sur y a los abisinios. El incesto es hábito moral entre los habitantes de algunas islas oceánicas. Toda esta variedad de costumbres y conceptos morales relativo al sexo están en abierta pugna con las costumbres y preceptos éticos del europeo moderno.

Y es interesante cómo revelan la elasticidad de la ética humana y la adaptación de ésta a las costum-

bres. No parece, pues, equivocada la idea de los reformadores sexuales modernos, según la cual, al cambiar las costumbres desviándose de la moral tradicional, sin poder conseguirse el retorno a ella, conviene más procurar una *modificación* de esa moral humanizándola más y liberándola de las rigideces que nunca fueron cumplidas más que por escasos individuos, los cuales en su mayoría no correspondían al tipo común y corriente del hombre.

De la amplitud de esas concesiones de la nueva moral a las costumbres e imposiciones sociales y económicas de cada época, depende su acierto o error y su verdadero progreso evolutivo.

En este sentido, la independencia moderna de la mujer y su lucha contra la doble moral sexual representa un paso más en ese proceso evolutivo de la moral, señalado por Spencer, y las tendencias a suprimir hipocresías y a elevar el concepto de responsabilidad en todo lo concerniente al sexo son también signos de un paso adelante en la marcha progresiva de los conceptos morales del hombre, aunque aparentemente parezca algo bien distinto.

Los nuevos reformadores de la moral sexual vuelven al sentido dado por Platón a la moral, el de procurar una mayor armonía del individuo con el todo social. Admitiendo que la estructura social cambia antes que la moral sexual y ésta lo hace antes que la legislación, pretenden conseguir una rápida adaptación de la moral sexual y de la legislación a los cambios sociales y económicos. La actual tendencia va, pues, encaminada, a la vez que a procurar

más felicidad a la humanidad, a exigir más seriedad y responsabilidad al individuo en lo que concierne a la vida sexual, o como lo sintetiza Malleson: los fundamentos morales futuros de toda relación sexual serán «la responsabilidad y el respeto con relación al otro sexo y la descendencia, así como la más completa honorabilidad consigo mismo».

Las modificaciones principales en los conceptos éticos relativos al amor y la moral sexual moderna que han propuesto los reformadores de la ética sexual son: *a)* la igualdad en la moral de ambos sexos, por la cual la mujer podrá satisfacer como el hombre sus impulsos amorosos en la etapa prematrimonial, si ésta se retrasa por circunstancias sociales y económicas, utilizando los medios anticoncepcionistas; *b)* la aceptación legal del llamado matrimonio experimental o de prueba y sin sucesión, que se convertirá en definitivo cuando después de cierto tiempo de camaradería lo acuerden ambos cónyugues o cuando tengan hijos; *c)* la maternidad consciente y deliberada; *d)* la mayor sinceridad en el amor y su perfeccionamiento físico por la educación sexual, considerándose como inmoral toda relación que sólo sea corporal y no vaya unida a un sentimiento amoroso; *e)* la mayor responsabilidad de la paternidad, valorándose más que ahora el derecho de los hijos, incluso el de los llamados hoy ilegítimos; *f)* la mayor libertad e independencia de los cónyuges en el matrimonio, suprimiéndose ese concepto posesorio de un cónyuge respecto del otro; *g)* la facilitación del divorcio en los matrimonios sin sucesión; *h)* la educación y aclaración sexual desde

la infancia hasta la pubertad en gradaciones sucesivas.

Pero las proposiciones revolucionarias de estos reformadores bien intencionados (matrimonio experimental provisional, prácticas anticoncepcionistas, maternidad consciente, responsabilidad de la paternidad, moral sexual unitaria, etc.), parecen a veces excesivamente peligrosas y muchas opiniones, temerosas del caos moral posible, levantan su voz de alarma, pretendiendo el retorno a lo antiguo. Así el profesor A. Mayer, director de la clínica ginecológica de la Universidad de Tübingen, en su libro *Reflexiones sobre la moderna moral sexual* * después de una crítica severa de las etapas sucesivas seguidas por la moral sexual moderna, a saber: *a)* lucha contra la doble moral; *b)* lucha contra el matrimonio; y *c)* revolucionamiento de la juventud, y de lo que él considera sus fatídicas consecuencias, pide como único medio de salvación, «la vuelta a la moralidad y a la conciencia», es decir, a una nueva manera de concebir el matrimonio, la familia, la juventud y la mujer, que les reafirme y defienda de los ataques de los reformadores.

En la misma Rusia, donde se han implantado las más avanzadas reformas en lo referente a la vida de los sexos, existe una nueva rigidez moral reforzada por el ejemplo de los jefes y por la legislación, que persigue la poligamia, la prostitución y el donjuanismo. En un reciente artículo del americano Ch. Wiegand * titulado «Puritanismo sexual en Rusia» llega a la conclusión que la nueva moralidad comunista tiene una fe puritana y sólo mediante ésta puede alcanzar su energía dinámica y su fuerza para conquistar continentes y organizar naciones, sacando a millones de gentes del sueño asiático.

* A Mayer: *Gedanken zur modernen Sexualmoral.* Enke. Stuttgart, 1930.

Todos estos peligros de libertinaje que ven los espíritus conservadores, son negados por los reformadores, los cuales no aceptan que actualmente haya más inmoralidad sexual de la que hubo en épocas anteriores. H. E. Barnes, por ejemplo, dice que la inmoralidad sexual que se atribuye a las actuales juventudes es injustificada. Más bien es una inmoralidad verbal y retórica, un tipo de «exhibicionismo juvenil», que depende de la mayor sinceridad actual. Para él la moral de las generaciones jóvenes, con sus bailes lascivos y sus estimulantes alcohólicos, es quizá superior a la moral de sus padres y abuelos, pero sus maneras son inferiores.

La reforma necesaria se orienta hacia la canalización legal de estas formas nuevas de expresión.

Así, pues, los intentos reformadores de los nuevos moralistas respecto al problema sexual, van encaminados a un fin social útil, procurando al mismo tiempo que el individuo se sienta menos oprimido por la comunidad en la realización de sus deseos, siempre y cuando éstos no perjudiquen a nadie.

En la historia de la humanidad se han señalado

* Ch. Wiegand: *Sex puritanism in Russia. (The Nation,* 16 julio, 1930, New York.)

tres tendencias distintas respecto a la moral sexual. Estas son en sentir de Lewandowski *: el ascetismo o askesis, que niega la sexualidad como valor vital; el amor materialista, que concibe la sexualidad como una función fisiológica semejante al comer, beber y dormir; y el amor romántico, que considera a la sexualidad como la razón de todas las grandes actividades artísticas y creadoras. Toda la historia de la humanidad podría ser desmembrada según estos tres puntos de vista y podríamos incluir en uno de los tres a cada uno de los grandes espíritus de la humanidad, señalando en el desenvolvimiento de cada grande hombre una lucha u oscilación entre estas distintas direcciones.

El *ascetismo*, que es la moral sexual imperante, tanto en la vida pública como en las leyes, mira a la sexualidad como si no existiese. El hombre ascético se siente dividido en dos partes, cuerpo y espíritu, ambas en lucha rabiosa hasta destruirse. Las consecuencias históricas del ascetismo en la civilización cristiana, son las Cruzadas, la Inquisición, los suplicios de la hoguera, la orden de Loyola, las guerras religiosas y, finalmente, la hipócrita y engañadora moral sexual de nuestros días. Pero el ascetismo no siempre estuvo asociado a una religión, ni siquiera a la cristiana. La humanidad ascética abarca aborígenes australianos, filósofos griegos, derviches mahometanos, monjes budhistas, mendigos indios, puritanos protestantes y frailes católicos (O. Haardmann).

* H. Lewandowski: *Die drei Stromungen heutiger Sexualmoral.* (IV Kongress für Sexualreform. Viena, 1930, Elbemühl.)

Para Barret * el psicoanálisis del ascetismo revela un «complejo de poder», un deseo de perfección y de dominio del yo para adquirir cualidades superiores de predominio sobre los demás. Es una filosofía de precaución y avaricia, que niega el valor a la vida e indica deficiencia de capacidad para gozar de ella. Otras opiniones juzgan el ascetismo ya como un instinto oscuro de renunciamiento y timidez, ya como una forma anormal de gratificación erótica semejante al masoquismo o al exhibicionismo, ya como una fobia al demonio o como un deseo de purificación. Su mecánica genética indica siempre un rebajamiento del instinto erótico normal.

La *concepción materialista* se ha difundido por el mundo con el desenvolvimiento de las modernas ciencias naturales y el conocimiento de las leyes de la sexualidad. A los que proponen una reforma de la moral sexual fundada en el conocimiento naturalista se les imputa que niegan los valores morales sin reemplazarlos por otros nuevos; pero es preciso responder que en la creación de una nueva moral sexual basada en las leyes naturales quedan suficientes ideales éticos que la separan del materialismo absoluto. Altos ideales éticos de carácter social tendremos en una civilización que permita la libertad sexual y amorosa mientras no perjudique a los intereses de los demás, educando: primero, hacia el sentimiento de responsabilidad, para sustituir al desprecio al cuerpo; segundo, hacia la comprensión de la vida sexual del

* E. B. Barret: *The psychoanalysis of ascetism. (Sex in Civilization*, de Calverton y Schmalhausen. Londres, 1929. G. Allen.)

prójimo, reemplazando a la crítica de la vida amorosa, y tercero, hacia la maternidad consciente, sustitutiva de la procreación involuntaria y sin sentido.

El *amor romántico* niega, como el ascetismo, la vida puramente material, pretendiendo vivir en elevadas regiones, de las que fatalmente cae, y en sueños, de los que despierta atormentada; pero se diferencia esencialmente del ascetismo en que no lucha contra la vida amorosa, sino que la acentúa, queriéndola depurar, llenándola de sentimiento religioso.

En el sentir de Lewandowski, la aspiración o finalidad que debemos enseñar a la humanidad futura es la de sentir el amor a la vez como placer y como misterio y a saber que nadie tiene derecho a tomar lo que no puede dar. La mejor moral sexual estará, pues, en la «equidistancia entre la concepción materialista y la romántica del amor».

Pero mientras existan varias clases sociales con distintos puntos de vista y distinta educación, no es posible establecer un modelo de moralidad universal. Bernhard Shaw * lo ha puesto de relieve con un ejemplo lleno de gracia. Un músico amigo suyo coleccionaba canciones populares en una región de Inglaterra, para transcribirlas al pentagrama. Estando un día en el jardín de la casa de otro amigo suyo, pastor protestante, oyeron cantar una tonada que les gustó mucho. El pastor le dijo al músico que el cantor era su jardinero. Entonces le llamaron para inquirir si sabía otras canciones. El hombre, todo

* B. Shaw: *The need for expert opinion in sexual reform. (Sexual Reform Congress.* Londres, 1929. Kegan Paul.

asustado y avergonzado, dijo que él no sabía cantar y que nunca se atrevería a tales libertades y desvergüenzas. Los dos amigos se quedaron sorprendidos de que aquel hombre se avergonzase y ocultase como un pecado lo que era una manifestación artística. Por fin, después de muchas explicaciones, le infundieron confianza y entonces les enseñó el sitio donde podrían oír otras canciones que sabían amigos suyos. Esto muestra que cada clase tiene su propia moralidad, distinta de la otra clase, y que cada moralidad particular no puede ser impuesta a toda la nación. Lo que para unos es una supermoralidad, resulta una submoralidad para otros y la unificación resulta imposible.

Una de las primeras cosas que precisa la ordenación de una nueva moral sexual es oír las opiniones de personas competentes sobre los problemas sexuales de la humanidad, sus estragos y perjuicios y la mejor forma de evitarlos sin perjudicar al individuo y a la sociedad. En este sentido, se exige ahora mayor precisión científica a los que deben opinar sobre estas cuestiones. No podemos seguir aceptando como valiosas las opiniones de hombres geniales célibes o ascéticos, como Pascal, Kant, Wesley, o las de sacerdotes que no tienen experiencia personal sobre la vida sexual, a menos que hayan violado sus votos eclesiásticos (H. H. Barnes), y, en cambio, debemos valorar más las opiniones de un Voltaire, de un Casanova, de un Rousseau y las de los psiquiatras y sociólogos.

El humorismo de Bernhard Shaw ha destacado

con frases punzantes ese absurdo de que las opiniones imperantes en todo intento de reforma sexual puedan ser las de personas no conocedoras de la materia, como son los altos dignatarios de la Iglesia, y pide que se oigan las de los distintos sectores interesados en la resolución del problema sexual y, principalmente, la de las gentes que tienen experiencia práctica, es decir, que según él «son expertos en la materia». Tal sucede con los escritores teatrales, por ejemplo, que saben mucho de *sex-appeal*, pues de lo contrario fracasarían en sus obras. «Y, sin embargo—añade B. Shaw—, cuando es preciso discutir científicamente el *sex-appeal* (atracción sexual) nadie llama al comediógrafo; y él mismo no acude a la discusión sin ser previamente invitado. Pero, en cambio, el sacerdote acude siempre espontáneamente y pide que se le acepte como autoridad en cuestiones sexuales. Es constante—continúa—esta tendencia a consultar a las personas que no conocen nada sobre un asunto, por temor a que las opiniones de los expertos sean contrarias a las nuestras. «El Papa es el jefe sacerdotal de Europa; y por ello habla con energía sobre la cuestión del *sex-appeal*. Yo, naturalmente, nunca soñaría en consultar sobre este particular al jefe eclesiástico de Europa; pero si hubiese una jefa de prostitutas de Europa la llamaría inmediatamente.» Esta balandronada humorística de B. Shaw pone de relieve, en medio de su rudeza, esa incongruencia tan frecuente en la vida, de que las opiniones que más pesan son las menos competentes.

La instrucción sexual debe divorciarse en adelante de la religión, puesto que es una cuestión científica, social y artística, la cual está tan poco relacionada con lo supernatural como la respiración y la digestión.

Es posible que en el futuro haya religiones socializadas que orienten la educación sexual en el mismo sentido y finalidad que la sexología científica. Pero, entre tanto, la conveniencia o no de cumplir la vida sexual se relacionará con su efecto sobre la salud individual y con su aspecto social, concediendo la misma sanción crítica a la timidez que a la exhibición vulgar. Sustituiremos los frenos religiosos primitivos del supernaturalismo con los más racionales de la ciencia, el arte y el sentido social de nuestra vida, confiando en dominar la conducta sexual como se ha conseguido con otras formas de expresión psicofísica y en vez de decirle a los muchachos que Dios o la religión prohibe el visitar los burdeles, se les informará del peligro de las enfermedades sexuales y de sus deberes sociales para con la mujer y con los hijos. Se enseñará además a los muchachos y muchachas a consultar tanto o más al médico que al sacerdote en todas sus dudas referentrs a la sexualidad.

Gonzalo R. Lafora.